



XAVI AYÉN
Barcelona

“Llevamos a los muertos de la Guerra Civil en las tripas”

Paula Quiñones es muy guapa y muy coja. Un día llega renqueando con su colega Rosa a Azufrán, un árido pueblito de la meseta castellana, con la misión de encontrar una fosa común. Podría sonar música de Sergio Leone. No les cuadran las cifras de desaparecidos en la Guerra Civil. Las gentes del pueblo –imaginen a figurantes de *Bienvenido, mister Marshall*– las observan de reojo. En especial la familia de Jesús Beato, el inquietante patriarca local, poseedor de la mayoría de las tierras y comercios, que acaba de cumplir cien años y sólo habla con las miradas pues ha perdido el habla. *pequeñas mujeres rojas* (se escribe así, con la *p* de *pequeñas* en minúscula), de Marta Sanz (Madrid, 1967), es uno de los lanzamientos que hizo Anagrama pocos días antes del estado de alarma.

Se trata del libro que cierra la trilogía de su detective Arturo Zarco, tras *Black black black* (2010) y *Un buen detective no se casa jamás* (2012). La autora –que responde a este diario telefónicamente desde su piso en Madrid– cuenta que “si en el primero exploraba las claves de la novela negra, y en el segundo las de la novela sentimental, este tercero tiene que ver con el género del terror y el western”. Los tres “narran cómo la violencia estructural se nos mete en casa, en la vida, y cómo los relatos forman parte de esa misma violencia”.

El impulso inicial fue “el rechazo que me produce la irrupción de la ultraderecha, y sus flechas contra la recuperación de la memoria democrática y el feminismo”. Paula y Rosa –Zarco es aquí sólo un interlocutor, alguien que escucha y no interviene– trabajan en algo tan humano como intentar “devolver los cuerpos de los muertos a sus familias, es lo que hacen varias asociaciones, que durante años han funcionado sólo por el voluntarismo”. “Me he inspirado muy vagamente –admite– en los acontecimientos de la fosa de Milagros, un pueblo de la provincia de Burgos”.

El abuelo Jesús “encarna una sociedad moralmente corrompida y económicamente injusta. Es la

banalidad del mal, que convive con nosotros sin que nos demos cuenta, del mismo modo que los nazis también tenían nietos a los que mimaban”.

La obra plantea temas como el origen manchado de sangre de algunas grandes fortunas. “Mi ficción lanza un reto para historiadores y periodistas: ¿de dónde vienen esos grandes capitales que la democracia blanqueó sin poner en tela de juicio? El pasado no es un lugar exótico, se proyecta en el presente”, dice, recordando que en Alemania el dinero que germinó del favor nazi está más estigmatizado. “Otro tema muy de actualidad, con el confinamiento, es la delación: la frontera entre el chivato y el que cumple con su deber cívico es muy delgada”.

En estos tiempos de pandemia,

también cobra actualidad su planteamiento de la vulnerabilidad. “Cuando salgamos a la calle, vamos a encontrarnos una sociedad llena de personas vulnerables, más que nunca. En la novela, ese es un hilo conductor”.

El lenguaje evoca a ratos la prosa de posguerra, pues “hay muchas voces, unas están dentro de otras, la de Zarco en la de Paula, la mía por detrás, los muertos, los ecos de mis lecturas, no me podía quitar de la cabeza a Juan Eduardo Zúñiga, a Chirbes, a Juan Rulfo, a Dashiell Hammett... Y la referencia visual de Francis Bacon, sus palabras sobre el arte, que no es político por el tema sino por la manera de representarlo. La violencia contra el cuerpo de las mujeres se ha representado –en novelas, películas y series– de forma agradable,



DANI DUCH

sensual, mórbida. Yo no, lo nuestro de modo repugnante, tal como es”. Eso lleva a escenas gore porque “en lugar de utilizar la elipsis, doy fe de cada momento, grande y pequeño, de cada golpe y de cada rasgón, para subrayar esa crueldad, que no se puede incorporar jamás a la normalidad”.

Hay varios narradores, y uno de ellos es el coro –de niños perdidos y mujeres muertas–, “una voz colectiva juguetona, con humor, polimórfica”, que nos invita a “una lectura lenta, reposada”. “Los muertos están ahí, no se han ido –añade–, los desaparecidos en la Guerra Civil los llevamos todos en las tripas, no se pueden borrar”.

En el libro hay intensos olores, sabores, se nota la arena, el viento, las heridas... “La hiperestesia, esa acumulación excesiva de sensaciones, es un recurso del terror, porque si lo pudiéramos sentir todo, el mundo sería invivible”.

El amor, el sexo, los cuerpos... son elementos destacados, como en otras obras de la autora. “Me gustan los westerns que no parecen serlo, en los que por ejemplo el elemento sentimental es básico, como *Johnny Guitar*. Somos lo que somos porque nos gusta bailar, porque queremos a nuestros hijos, porque hacemos *escudella*... pero también porque votamos a un partido u otro, o una vez fuimos muy valientes o muy cobardes”.

La trabajada prosa sanziana crea atmósferas con recursos como las largas enumeraciones o la mezcla de elementos de alta y baja cultura “porque nos gusta Brahms y a la vez Tarzán y su Puta Madre Buscan Piso en Alcobendas, ¿verdad?”. Una estética que explica en su poema *Perra mentirosa*: “No quiero la palabra precisa /es pobre y es pequeña”. “Es justo lo contrario que el ‘inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas’ de Juan Ramón Jiménez. Yo enumero y enumero, no soy el hombre que puso un único nombre a los animales y las cosas sino la mujer que va cercando y acumula palabras sin pensar que voy a dar con ese término sagrado y definitivo”.

Eso sí, ha pretendido narrar “desde el interior de la fosa común, junto a los escarabajos peloteros, hasta el vuelo de los pájaros, que sobrevuelan toda la novela”.

MARTA SANZ

‘PEQUEÑAS MUJERES ROJAS’

ANAGRAMA, 2020,
344 PÁGINAS



LEA LA ENTREVISTA
COMPLETA A LA AUTORA EN
www.lavanguardia.com/cultura

“La violencia contra mujeres se representa de modo sensual, mórbido; yo lo hago repugnante, como es”